

## Soy un libro

Me llamo *Canción de Navidad*, y soy un libro. Me escribió Charles Dickens, a quien tuve la suerte de conocer. Así que esta es mi historia y también la suya. Soy perfectamente consciente de que, si Dickens no me hubiera escrito, no existiría. Pero, si yo no existiera, tampoco él sería tan conocido. Así que en cierto modo estamos en paz.

Al principio era como si me encontrase dentro de una caja. No sabía nada de mí ni del mundo exterior. Ni siquiera tenía conciencia de ser algo, y mucho menos de que ese algo fuera un libro.

De pronto sentí un roce y una luz me inundó. Vi una cara que se inclinaba sobre mí, cada vez más cerca, y las formas alargadas de unos dedos helados, que me tocaban.

Nunca olvidaré aquel rostro. La verdad es que nunca he olvidado ninguno de los rostros que he visto.

Alguien pasó unas hojas y todo se emborronó. Cuando las hojas dejaron de moverse, volví a distinguir la cara y los dedos.

—¿Qué dice? —preguntó una voz seca y chirriante—. ¿De veras me pide cinco chelines por este libro? ¿Está usted loco?

Ignoraba yo que un chelín era una moneda, y que hablaban de mí. No fue entonces, sino mucho después, cuando comprendí la escena que se desarrollaba ante mis páginas.

Panza arriba y abierto de par en par, me encontraba sobre una mesa de la espaciosa librería de Chapman & Hall, en el Strand de Londres. Era el lugar donde había nacido, es decir donde me habían impreso. La imprenta estaba en la parte posterior de la librería, y yo había pasado sin darme cuenta del ruido de las prensas a la calma de las estanterías.

Un anciano, cuya blanca cabellera asomaba bajo un sombrero de copa, me examinaba con interés, a través de unas gafas. Había inspeccionado mi cubierta de tela roja y mi interior, y se quejaba de que yo era demasiado caro.

—¡Pero si es un libro de primera calidad, señor! —protestó el vendedor—. Salió hace dos días a la venta, justo en el momento oportuno, por las fechas,

y es el último ejemplar que nos queda. ¡Fíjese en la encuadernación, en el papel, en las ilustraciones en color! Y eso sin hablar de la historia que cuenta. ¿Qué mejor regalo para celebrar la Navidad que *Canción de Navidad*, la última obra de Charles Dickens?

—¿Regalo? ¿Navidad? ¿Dickens? ¡Paparruchas! —exclamó el anciano—. ¡No quiera tomarme el pelo! Mire. —Separó unas hojas y tiró de ellas como si fuese a arrancarlas, lo cual me alarmó bastante—. Hay unas páginas repetidas. ¿Lo ve? Desde la veinticinco a la cuarenta. ¡Y usted pretende que sea un libro de primera calidad! Pues para mí no lo es de ningún modo, no, señor.

Se produjo un silencio mientras el vendedor, un hombre pelirrojo y algo grueso, me tomaba en sus manos con suavidad, me alzaba hasta la altura de su pecho y comprobaba la paginación.

—Tiene razón —dijo al fin, y me colocó de nuevo sobre la mesa—. Al encuadernarlo, han añadido un pliego de más. Un descuido, un accidente. Créame, no sucede a menudo.

—Ya, ya... —se burló el anciano.

—Ahora mismo estamos reimprimiendo. Si no le urge, mañana tendremos más ejemplares.

—No quiero otro ejemplar. Quiero este, y ha de ser ahora —afirmó el anciano, tajante, y por un

momento su afilada nariz y su barbilla hirsuta parecieron juntarse—. Le doy un chelín por él.

—Veo que se encuentra de buen humor, señor. Se nota que estamos en fiestas.

—¿Buen humor? ¿Fiestas? ¡Paparruchas! Ni el buen humor ni la Navidad van a hacerme más joven o más rico.

—Verá, señor. No tiene sentido vender un libro nuevo, recién salido de la imprenta, por una quinta parte de su precio. Además, tiene todas sus páginas. Puede leerlo entero, de principio a fin, sin perderse nada.

—Ya, ya. Pero ¿cree usted que con ese defecto encontrará otro comprador?

—Correremos el riesgo —dijo el vendedor, con voz firme.

—¡Paparruchas! —repitió el anciano—. Le daré un chelín y un penique. Que me cuezan vivo si le doy un solo penique más. Por si no lo sabe, estoy acostumbrado a conseguir lo que me propongo.

—No, de veras que no podemos aceptar ese precio. Lo siento, pero son cinco chelines.

El anciano me miró con un gesto que, ahora lo sé, era de fastidio, y me cerró de golpe. Dijo algo en tono airado sobre sus relaciones con el señor Chapman y el



señor Hall, dueños del negocio, que no entendí bien, y amenazó con su bastón al hombre pelirrojo, mientras se alejaba.

Poco después me llegó desde la puerta de la calle un breve tintineo de campanillas. Se había ido y nunca volví a verlo, aunque muchos años después oiría al propio Dickens hablar de él.

Al momento, otro vendedor se acercó, desde el interior de la tienda.

—¿Ese no era Warren, el magnate del betún? —preguntó.

—El mismo —contestó el hombre pelirrojo—. Viene de vez en cuando en busca de alguna ganga, imagino, y nunca pregunta ni compra un solo libro. Hoy, en cambio, estaba interesado en *Canción de Navidad*. Pero tampoco se lo ha llevado.

—¿Por qué?

La mano del hombre pelirrojo proyectó sobre mí una sombra fugaz.

—Al último ejemplar le sobra un pliego. ¡Figúrate que me ha ofrecido por él un chelín y un penique, el muy tacaño! —Soltó una carcajada—. ¿Sabes una cosa? ¡El viejo Warren es exactamente como Ebenezer Scrooge, el protagonista de ese libro! Estaba ahí todo el tiempo, delante de mí, mirando cada página como

si la tasara, y yo no dejaba de pensar: «¡Es Scrooge, es Scrooge!». Si hasta suelta: «¡Paparruchas!» cada dos por tres...

—Como yo aún no he empezado a leerlo, no sé qué decirte —replicó el segundo vendedor.

Acababa de pronunciar esas palabras cuando volvió a sonar la campanilla, y un soplo de aire fresco entró desde la calle.

—Buenas tardes, señores —dijo una voz juvenil.

El hombre pelirrojo dio un par de pasos hacia el recién llegado, y su compañero volvió al interior de la tienda.

Cuando el joven entró en mi campo visual, tuve una impresión de extrema delgadez. Llevaba el pelo largo, sin sombrero, y una marca de nacimiento, en forma de mancha de vino, en la mejilla.

—Buenas tardes, joven. ¿Busca algún libro en concreto? ¿Novela, poesía?

—No, señor. Me gusta leer, pero ya no puedo permitirme comprar libros. En realidad he entrado para preguntar si tienen trabajo para mí. Aunque solo fuera por unos días, hasta que consiga otra cosa. Haría de todo, lo que fuese, barrer, quitar el polvo, entregar los pedidos... Tengo cierta experiencia en llevar las cuentas.

El tono pretendía ser despreocupado, pero la voz desfallecía.

—Lo siento de veras —repuso el vendedor—. El encargado no está, y no me consta que necesitemos a alguien. Si quiere volver mañana por la mañana, quizá...

—Mañana será demasiado tarde —le interrumpió el joven con determinación—. Lo he perdido todo, todo...

El hombre pelirrojo intentó animarlo.

—Vamos, joven. A su edad todo parece un drama. Ya me gustaría tener sus años. Y recuerde que estamos en Navidad.

—¿Y qué son la juventud y la Navidad sin dinero? —protestó el joven.

—El dinero no es todo. Tendrá familia, amigos... Quizá hasta esté enamorado. ¿Me equivoco?

El joven gimió, como si acusara un golpe, y sus ojos se humedecieron al instante. Se inclinó sobre la mesa, como si fuese a desplomarse, y empezó a llorar sobre mis páginas. Eran unas lágrimas tibias, con regusto a sal.

He de decir que me asusté un poco, porque nunca había visto llorar a nadie.

Entró otro cliente, y el segundo vendedor acudió a atenderlo.



El hombre pelirrojo tomó al joven por los hombros, lo apartó y le pidió que se tranquilizara.

—Ya sé lo que haré —le dijo en voz baja, mientras me cerraba—. Voy a regalarle este libro, antes de que lo estropee del todo. Será mi buena obra de Navidad. Pero, por favor, váyase. Puede volver mañana por lo del trabajo, si quiere, pero ahora váyase. Lea este libro y descanse. Después verá las cosas de otro modo.

El joven lo miró con extrañeza, como si no entendiera. Me tomó con manos temblorosas y se dirigió hacia la puerta.

La campanilla emitió su risa nerviosa y ambos salimos al vasto y neblinoso mundo exterior, o sea a la calle.